

Epifanía. Año A

Lectio divina sobre Mt 2,1-12

En el relato de la búsqueda del rey de los judíos y su adoración por parte de unos magos el evangelista presenta una clave de lectura para todo su evangelio. En un crónica aparentemente sencilla, cargada de datos inverosímiles, Mateo hace una doble afirmación teológica: aún niño, Jesús se manifiesta públicamente como el mesías esperado que cumple las promesas; no obstante, sólo los lejanos se interesan por él y lo adoran, una vez identificado. Guiados por una simple estrella, unos extranjeros buscan al Señor sin saber bien dónde encontrarle; los judíos que tienen las Escrituras, y saben dónde buscarle, ni lo intentan siquiera; la docilidad del gentil, que se sirve de cualquier indicio celeste para ponerse en camino hacia el Dios-con-nosotros, contrasta con la cerrazón del judío, que sabe dónde tiene que aparecer Dios, pero no se digna aparecer allí él. Los magos, que no podían esperar encontrarse con un rey que no lo era suyo, lo identificaron en el niño junto a María, también para los judíos. ¡Sin conocer las promesas ni las Escrituras! Pero buscaron hasta encontrar una señal y no la dejaron hasta encontrarse con él.

1 Jesús nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes. Unos magos de Oriente llegaron entonces a Jerusalén y 2 preguntaron:

“¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?

Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo”.

3 Al enterarse de esto, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. 4 Convocó entonces a lo sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. 5 Ellos le contestaron:

“En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: 6 Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe, que será el pastor de mi pueblo, Israel”.

7 Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le precisaran el tiempo en que se les había aparecido la estrella 8 y los mandó a Belén, diciéndoles:

“Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño, y cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo”.

9 Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos, hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. 10 Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría. 11 Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron. Después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

12 Advertidos durante el sueño de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Después de haber narrado el nacimiento en Belén del mesías, con el episodio de los sabios de Oriente Mateo hace pública la noticia: ya no son ángeles que anuncian y pastores que vigilan en la noche, como cuenta Lucas (Lc 2,8-20), sino extranjeros venidos de muy lejos persiguiendo una estrella los encargados de dar a conocer la buena nueva: “el rey de los judíos acaba de nacer”. Aunque los hechos se presenten como verosímiles (nacimiento de Jesús en Belén, durante los últimos años del rey Herodes; creencia popular de que la aparición de nuevas estrellas señalaba un cambio importante en la historia y el nacimiento de un personaje...), su crónica sirve a intereses del redactor: sólo los alejados saben que Israel tiene ya el mesías y lo buscan para adorarlo, por más que desconozcan quién es y dónde encontrarlo. El trágico destino de Cristo Jesús, ser ignorado por compatriotas y buscado por los extraños, empieza a realizarse desde el inicio mismo de su aparición sobre la tierra. Manifestación pública y público rechazo van unidos.

Magos y Herodes son los auténticos protagonistas del episodio. Los magos, cuya búsqueda, guiados por una estrella pero sin muchas luces ellos, da a conocer el nacimiento del ‘rey judío’ a Herodes, rey de los judíos. Herodes, cuyos escribas conocen las Escrituras y saben dónde ha de nacer, pero no tiene intención alguno de ir a encontrarlo. El contraste no puede ser más evidente: alertados y conducidos por la naturaleza, los magos se ponen en camino; guiados por una estrella, pero mucho más por su deseo de adorar al mesías judío, preguntan a quien pueda ayudarlos; poseyendo la Escritura y conociendo el lugar, cercano a donde habita, Herodes y sus sabios no se mueven, pero quedan sobresaltados. Saber que el mesías ha nacido les llena, no de gozo, sino de miedo. La salvación puede ser temible para quien no la desea.

Mientras Herodes tiene la Palabra y quien se la interprete, los magos no tienen más que una estrella que desaparece a veces; obligados a preguntar, no dejan de buscar. Y la estrella vuelve a mostrarles el camino y la meta. A quien busca el Dios adorable, no le faltará estrellas que hasta él le conduzcan e, incluso, le servirán de guía quienes ni se creen, ni les interesa, que el mesías haya nacido.

No es indiferente que “una inmensa alegría” antecediera al encuentro con el niño y con María, su madre: *el gozo en la búsqueda precede el encuentro, lo anuncia inmediato*. Ni es indiferente que los regalos vinieran tras la adoración:

tanto más se da, tanto menos cuesta regalar, cuanto más adorable nos resulte el Señor. Ni es indiferente, ni mucho menos, que a Jesús se le encontrara - ¿por qué falta aquí José, si ha sido el protagonista del relato anterior? - junto a la madre: no anda muy lejos Jesús, a quien buscamos, de donde se encuentre María.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Curiosamente, en este episodio de los magos ni el recién nacido, ni su familia, resultan ser los protagonistas; aparecen, más bien, como la ocasión, el pretexto, de lo ocurrido. El relato se abre y se cierra con la venida o el regreso de unos extranjeros; si la llegada a Jerusalén estuvo guiada por la estrella y su deseo de adorar al rey judío, la partida, evitando Jerusalén y a Herodes, fue motivada por un sueño. La estrella les sirvió para buscar al recién nacido; encontrado y adorado, debieron identificar por sí mismos, en sus propios sueños, el camino a seguir. *Volvieron con menos dones, pero con más alegría y sabiendo ya dónde estaba el recién nacido mesías judío.*

El *deseo de encontrar a Jesús* fue lo que llevó a los magos ante él, no la estrella que les guiaba; de hecho, su búsqueda no cesó cuando se les ocultó la estrella; porque seguían queriéndolo encontrar, recurrieron a quienes 'debían' saber dónde estaba; no pararon hasta toparse con él. *Encontrar es la recompensa de quien busca; y a quien busca de verdad todo se le vuelve guía, sea una estrella en el cielo o unos intérpretes de la Escritura.* El Dios que nace niño en Belén siempre manda una estrella a quien lo desea encontrar, o un monarca indigno, o unos sabios incrédulos... *Para quien está dispuesto a ir lejos en busca de su Dios, no le faltarán nunca indicaciones en el camino, si persevera en la búsqueda. Sólo el señor deseado y buscado es el que se deja encontrar.*

De hecho, y en contraste con los magos, Herodes y sus letrados no se molestaron en encontrarlo, aunque supieran dónde hallarlo; tenían las Escrituras, pero ningún interés en buscarlo. Y dieron a los extranjeros venidos de lejos la encomienda de identificarlo. *Para quien no lo busca, no hay señal que valga, ni la misma Palabra de Dios es capaz de motivar el esfuerzo.* Es impresionante advertir que *ni siquiera la palabra escrita de Dios conduce hasta Jesús sin deseo de encontrarlo.* No basta con que esté ya anunciado, para dar con él; como no es óbice no saber dónde para, para poder encontrarlo. El deseo de encontrarlo es lo que da sentido a las señales del camino y comprensión a la Palabra de Dios.

En Belén, por vez primera, Dios se dejó identificar no por quienes más creían saber sobre Él: los judíos, que conocían las profecías sabían dónde encontrarle; pero no se molestaron en salir a su encuentro, no le presentaron sus respetos ni sus dones. Los magos, en cambio, quienes venían de lejos - y algo despistados, por cierto -, no sabían más que preguntar a quien fuera dónde podía estar aquél a quien buscaban; y como iban cargados de dones y andaban deseando entregarlos, no se escandalizaron cuando les dijeron que un recién nacido era el rey que buscaban; y pudieron verlo y adorarlo. *Quien busca a Dios para entregarle todo lo mejor que tiene, termina - por desorientado que ande - por encontrarlo: si le guía su deseo, encontrará el gozo de adorar a su Dios.*

Como en Belén, Dios se hace el enconradizo de quien acude a Él ilusionado por poder darle algo de cuanto tiene; *no es que nuestro Dios necesite de lo que podemos darle, es que nosotros, para encontrarlo, necesitamos poner a sus pies cuanto somos y cuanto de valor tenemos.* Únicamente los generosos encuentran a Dios; ésa es la magia que Dios espera descubrir en nuestra vida cristiana para hacérsenos el enconradizo: el Dios de Belén resulta adorable sólo para quien le busca, con tal que lo busque hacerle presente su amor y su entrega.

No habrá que olvidar que el Mesías/Cristo que los magos encontraron era un indefenso niño junto a su madre. Los magos, que iban a la búsqueda de un rey, no se defraudaron de ver a un niño, *adorable en su debilidad, un Dios que, para hacernos dadvivosos, se nos hizo él menesteroso.* Por eso, Dios en Belén resultó ser un niño, un Dios al que hubo que acercarse cargados de dones; llegaremos a Dios, como los magos a Belén, cuando lo busquemos no por lo que nos pueda conceder, sino por cuanto le podemos regalar. El rey nacido en Belén, el niño adorado por los magos, fue, y sigue siendo hoy, *un Dios que se deja encontrar por quienes van a Él para entregarle lo mejor que poseen, un Dios que se deja adorar por cuantos, sin importarle que no tengan tantas cosas, le ofrecen lo que llevan consigo. El Dios adorado en Belén no concedió sus gracias a quien tuvo la suerte de encontrarlo, recibió los dones de cuantos le buscaron.*

No deja de ser curioso: encontraron a Dios, no quienes tenían y conocían la Escritura, sino los pocos que se lanzaron en su búsqueda cargados de dones. Un Dios al que se le busca sólo porque se necesita de su poder y no siempre que tengamos algo que darle, nada tiene de adorable; no tendría nada especial, sería demasiado corriente, respondería a nuestra imagen y medida que necesitaríamos a Dios sólo por lo que puede resolvernó; un Dios al que se está dispuesto a rendir culto sólo si sacamos algún provecho y que no merece nuestra devoción si, además de tener que aceptarle, hay que presentarse ante Él cargados de dones que presentarle, no es el Dios que se manifestó en Belén y al que reconocieron los magos. *La única forma auténtica de adorar a nuestro Dios es convertirse en su 'benefactor': a quien sea generoso con Dios hoy, Dios le permite ser su rey mago. ¿Podríamos aspirar a mayor honor?*